

DOT HUTCHISON

PELIGRO PROFUNDO

Traducción de Graciela N. Romero

Título original: *Deadly Waters*

© 2020, Dot Hutchison

Esta edición es posible mediante acuerdo con Amazon Publishing,
www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

Traducido por: Graciela Romero

Diseño de portada: Caroline Teagle Johnson

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2022
ISBN: 978-607-07-8344-9

Primera edición impresa en México: febrero de 2022
ISBN: 978-607-07-8354-8

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Cuando era más chica, mi abuela juraba que las luciérnagas sabían cuando se aproximaba una tormenta. Entre más luciérnagas había, entre más parpadeaban y brillaban, peor iba a ser la tormenta. Nunca supe bien si en realidad lo creía o solo le gustaba contármelo.

Se pueden creer cosas peores.

Ahora es difícil no pensar en eso: mi abuela meciéndose despacio en su porche trasero, rodeada por una nube de humo mientras se fumaba sus dos cajetillas al día, su voz quebradiza que me pedía que contara las luciérnagas en las tardes húmedas del verano. Esta noche habrá tormenta, un chaparrón, de acuerdo con mi teléfono, y el aire está cargado de humedad y luciérnagas; una primavera más cálida de lo normal adelantó su llegada este año.

Tomo aire y siento cómo la densa humedad se desliza hasta mis pulmones. La ropa empapada de sudor se me pega al cuerpo con una sensación desagradable. Si la primavera es una pista, será un verano largo y miserable. A estas horas de la noche el área de descanso está desierta. Estamos lo bastante cerca del pueblo para que los viajeros decidan hacer una parada, e incluso los camioneros siguen otra ruta. La mayoría tal vez se detuvo una o dos salidas al sur, en el Café Risqué, y saldrán de ahí en la madrugada buscando a las prostitutas que saben dónde pararse a esperar blancos fáciles. Pero por ahora hay un auto en el estacio-

namiento, uno deportivo de dos puertas que parece demasiado caro para estar aquí.

Está estacionado a buena distancia de los edificios, donde no lo alcanzan las tenues luces amarillas. Hay un par de lámparas más pequeñas a intervalos para que las personas vean los pabellones, para que sepan que el jardín para picnics tiene espacios de concreto y madera en ciertas partes, pero que no deben usarse por las tardes. Esas luces están ahí para indicar, no para iluminar.

Por suerte para mí, y por desgracia para la seguridad general, eso también significa que los pabellones no tienen cámaras de seguridad.

Me recargo contra el poste de madera y observo el bosque más allá del estacionamiento. Es un punto de descanso que se construyó cerca de la cima de una montaña, pero no en lo profundo del bosque; el terreno está dividido por un canal. Hay señalamientos por todas partes de no adentrarse en el bosque debido a la escasa visibilidad y a lo irregular del terreno. Algunos letreros tienen una frase clavada debajo: CUIDADO CON LOS CAIMANES.

—Recuérdame por qué estamos aquí.

Me doy la vuelta hacia la voz y veo al muchacho alcoholizado que va tambaleándose por el camino. Al parecer le cuesta un esfuerzo extraordinario mantenerse relativamente erguido. Pero claro, estaba súper borracho desde antes de que pasara por él con una botella de vodka barato.

—Aún nos falta un tramo en carro, bebé —le respondo—. Dijiste que necesitabas que hiciéramos una parada.

—Sí. —Me mira confundido bajo la luz de la luna y entre las sombras—. Sí, necesito mear. Pero ¿por qué estamos aquí abajo?

—Los baños están cerrados por mantenimiento. —Señalo hacia el bosque con un movimiento de mano—. Eres hombre. Puedes aplicar el plan B.

—¡Claro que sí! ¡Puedo mear en el bosque! —Casi parece que se estuviera echando porras. Podría ser gracioso, pero sobre todo es triste; esta es la mejor conversación que he tenido con él.

Jordan avanza con torpeza. Cuando el sendero se convierte en un montón de hierba pantanosa, se resbala quedando en cuatro y se echa a reír.

—Mierda, voy a tener el pito lleno de lodo. ¿No te molesta?

—Creo que podremos lavártelo en mi casa —digo.

—¿No quieres hacerlo ahora mismo?

—¿Quieres que me llene la boca de lodo y meados? La verdad, no. Vamos, bebé, haz lo que tienes que hacer en los árboles para que podamos seguir con el resto de la noche.

Se vuelve a reír, pero se levanta y se adentra tambaleándose al bosque, más allá de la arboleda, hasta perderse en las sombras. Démoniacas luces rojizas se reflejan en unos ojos cerca del suelo, desaparecen y vuelven a aparecer. Entre el crujido de los pasos de Jordan y el quebrar de las ramitas alcanzo a escuchar un profundo croar, grillos cantarines y de vez en cuando el sonido de un auto que pasa en la carretera al otro lado de la colina. En este silencio relativo, el ruido que hace su cinturón es sorprendentemente fuerte.

Por suerte, un trueno que estalla sobre nosotros ahoga el sonido de su orina cayendo y hace vibrar mis huesos con tal fuerza que siento cosquillas en los dedos de los pies dentro de mis tenis. Aún queda tiempo antes de que caiga la lluvia, las nubes apenas se están reuniendo en el sudoeste y se mueven despacio para cubrir el cielo.

De pronto se escucha un gruñido apagado, el crujido de un hueso al romperse y un grito aterrado y lleno de dolor. Tras sacar la pequeña linterna de mi bolsillo, la enciendo y la apunto hacia los árboles. La luz es apenas lo bastante fuerte para ver a Jordan cayendo al suelo, y se refleja sobre un par de ojos con un resplandor rojizo. El caimán se mueve pesadamente hacia atrás, llevándose a Jordan hasta que lo pierdo de vista. Sus gritos son entrecortados y tensos, pues el alcohol y la impresión se combinaron para atenuar su reacción.

Por lo general, la gente no corre mucho peligro con los caimanes; esos portafolios de cuatro patas nos tienen por lo menos tanto miedo como nosotros a ellos. Los humanos tienen más probabilidades de que los muerda un tiburón que un caimán. Pero es abril, y los caimanes están más animados y hambrientos, pues se acerca la temporada de apareamiento y se les ha comenzado a quitar la modorra de los meses de invierno. El año pasado

también hubo problemas con los caimanes en el canal, pero el invierno convenció a la gente de que ya había pasado el peligro.

Por regla general, la gente no es muy brillante que digamos.

Más gruñidos y unos cuantos bramidos se unen al coro de gritos de Jordan, hasta que un repugnante sonido seco seguido de un chapoteo acaba con los alaridos. ¿Tal vez Jordan se pegó en la cabeza con una roca? Obvio no me voy a acercar a averiguarlo.

Aunque la primavera ha estado muy calurosa, también ha sido húmeda; días y días de lluvia que mantienen la humedad a tope y provocan que algunos meteorólogos se pongan nerviosos al pensar en la temporada de huracanes. El agua del canal debe ser lo bastante profunda para que los caimanes puedan dejar el cuerpo de Jordan añejándose ahí por un buen tiempo.

Dato curioso: los caimanes pueden morder, pero no pueden masticar. Dejan que el agua descomponga su comida hasta que esté lo suficientemente suave como para poder arrancarle pedazos y tragarlos enteros.

Mantengo la linterna fija en el punto en el que Jordan desapareció, y no porque crea que servirá para alejar a los caimanes, sino porque quiero ver si vienen hacia mí. Pero la luz no se refleja en sus ojos ni alcanzo a ver escamas. Es probable que pueda moverme sin peligro.

Me alejo del poste, y mientras recorro el sendero hacia el camino principal, me tropiezo con algo en el suelo: las llaves de Jordan.

Llegamos aquí mientras yo conducía, pues él estaba demasiado ebrio. Como medimos más o menos lo mismo, no hizo falta que ajustara el asiento ni los espejos, y me cuidé de desaparecer cualquier señal de que estuve en el auto antes de devolverle sus llaves. Traigo el cabello recogido en una gorra, y pese a lo tarde que es, el metal de los autos se calienta tanto que alcanza a quemar; puede que los guantes no sean una buena elección de moda, pero sí son prácticos. En más de un sentido. Hasta la botella de vodka volvió a mi mochila para deshacerme de ella después, así ningún policía intrépido podrá intentar descubrir quién compró esa marca en los últimos días. (Aunque no serviría de mucho en la investigación; si bien la Universidad de Florida ya no está en el

top diez de escuelas con más fiestas, sigue siendo una escuela en la que se bebe, y esta botella es de las más baratas en la tienda).

Pero las llaves... Por algo se las devolví a Jordan. Es importante que parezca que llegó hasta aquí manejando él mismo. Incluso me aseguré de estacionarme peor que él. Y no fue fácil. A Jordan suelen multarlo con frecuencia por ocupar dos espacios en los estacionamientos de la universidad porque es un imbécil al que le importa más su auto estúpidamente caro que cualquier otra cosa. Aunque, claro, esa no es razón para matarlo, pero sin duda es una razón para no tenerle piedad.

Recojo las llaves tomándolas por el aro, cuidándome de que los dientes no se entierren en mis delgados guantes de piel. Supongo que podría aventarlas al bosque con la esperanza de que parezca que se le salieron del bolsillo durante el ataque. El problema con eso es lograr que la ubicación de las llaves encaje con la ruta de la matanza. Eso implicaría acercarme al canal y a los caimanes más de lo que quisiera. Las llaves cascabelean con el movimiento de mis manos mientras pienso en mis opciones.

Tras un rato, vuelvo al auto y me paro junto a la puerta del conductor como si acabara de bajarme y cerrarla. Las llaves caen haciendo un sonido metálico sobre el asfalto y, con una patada casi accidental, terminan medio metidas bajo el carro. Al chico borracho se le cayeron sus llaves. Perfecto.

Tengo que contener el impulso por silbar mientras camino hacia el otro lado del estacionamiento, a la rampa que lleva a la carretera interestatal, manteniendo buena distancia de las cámaras montadas en el edificio principal. Espero a que pase un carro solitario y luego cruzo corriendo los tres carriles hasta el camellón. La suerte está de mi lado, pues no viene ningún auto en el otro sentido, así que puedo cruzar el resto de los carriles sin detenerme. Cuando al fin estoy protegida por las sombras del descanso para autos al otro lado, y aún fuera del alcance de las cámaras, me acucillo y me quito la mochila.

Cuando me aceptaron en la universidad, mi papá y yo nos pusimos a revisar los pros y contras de intentar conseguirme un auto. Mi beca cubriría casi todo el costo de la escuela, pero los carros son caros. Incluso una carcacha sería un gasto importante

teniendo en cuenta las reparaciones, el mantenimiento y la gasolina. Al final decidimos que el sistema de transporte público de Gainesville era suficientemente bueno, así que me compré una bici. Pero no cualquiera; está diseñada para plegarla y almacenarla, lo cual la hacía perfecta para estudiantes con poco espacio. Dos años y medio después, soy capaz de abrirla y alistarla casi con los ojos cerrados.

En menos de cinco minutos ya estoy rodando por la orilla de la carretera hasta llegar a la próxima salida y luego a los atajos que me llevarán a casa. Los truenos que estallan en el cielo me hacen vibrar las costillas. Cuando miro atrás, hacia la desierta área de descanso, alcanzo a notar el destello de un relámpago en una nube, un brillante resplandor rosa y lila que es más un recuerdo de los colores que los colores mismos y que se desvanece tan rápido como los puntos de luz a través de los párpados.

Hermoso.

Mi abuela siempre decía que las luciérnagas saben cuando va a llover. Sé que no es verdad, pero en una noche como esta es fácil creerlo.

Rebecca observa al barista preparando sus bebidas mientras juega con un par de portavasos delgados. La mujer que estaba ahí una hora antes no la molestó por pedir tragos sin alcohol, e incluso le dio uno gratis al ver la enorme D escrita en color morado en el dorso de la mano de Rebecca. El nuevo barista la miró con lascivia cuando se acercó, se burló de ella por no emborracharse y luego intentó convencerla de ponerle alcohol a la bebida, como si valiera menos por no querer embriagarse.

A veces se pregunta si hay ciertas palabras que los hombres están genéticamente incapacitados para entender, siendo «no» la más importante.

Observa con cuidado las manos del barista, que hace un gesto cuando se da cuenta.

—Relájate, princesa —le dice, casi gritando sobre la música—. No le voy a poner alcohol.

—Me preocupa menos el alcohol que los borramemorias —responde—, teniendo en cuenta que uno de tus compañeros drogó a una chica de mi escuela la semana pasada. Y como no se ha sabido que lo hayan despedido o arrestado, prefiero estar atenta.

Él la mira con gesto sorprendido. Luego, con las manos donde ella pueda verlas, termina de preparar las bebidas. Cuando deja los vasos con un golpe sobre la barra, el líquido salpica un poco sobre ella.

—No lo han despedido.

—Qué sorpresa —comenta ella, impasible.

—No hay pruebas.

—Claro. Solo hay testigos que hablaron con la policía y una foto de sus drogas detrás de la barra. —Tapa las bebidas con los portavasos para evitar que el líquido se derrame mientras camina. Nota que el gesto molesto de él ha desaparecido, dejando en su lugar el ceño fruncido que es más de preocupación que de ira. ¿En serio creía que la historia no iba a correr por el campus? Ella toma los vasos y se va, abriéndose paso entre la multitud.

Hay gente aplastándola por todas partes, gritando y riéndose y, en algunos casos, llorando, y aunque es un bar y no un antro, hay varias personas intentando bailar al ritmo de la música repetitiva y las televisiones a todo volumen. Le parece que la mayoría son universitarios, o al menos personas que siguen bebiendo como si fueran universitarios. Al estar tan cerca del campus, y en especial siendo un bar barato y propenso a saltarse la revisión de identificaciones como ese, los estudiantes han alejado a cualquier otro tipo de persona que pudiera querer ir.

Rebecca se abre paso entre la gente bailando y le saca la vuelta al grupo de chicos de la fraternidad que están vitoreando e incitando a dos de sus hermanos en competencia por ver cuál puede tomarse una jarra de cerveza más rápido. La esquina que lograron agarrar ella y sus amigas no podría considerarse callada, pero al menos es un espacio un poco menos caótico. Se acomoda en su silla junto a la pared y le entrega la otra bebida a su roomie.

—Lo estabas observando con mucha atención —señala Haf-sah, y luego retira el portavasos y huele su bebida.

—Debería estar limpia. —Pero eso no evita que analice la forma en que el líquido se mueve contra el cristal, buscando cualquier cambio en el color o partículas sin disolver. Rebecca siempre ha tenido mucho cuidado con sus bebidas, pero reconoce que lo que le pasó a su compañera la tiene más paranoica de lo normal. Desearía que hubieran ido a otro bar, a uno que no tuviera un historial reciente de borramemorias, pero Ellie quería venir a este.

Ellie, piensa, lanzándole una mirada a su amiga, quiere pelear.

Son cinco en la mesa. Las dos compañeras de suite de Ellie, Luz y Keiko, pusieron de pretexto que tenían que hacer un trabajo en

grupo. Debería haber una tercera, específicamente, la roomie de Ellie, pero Kacey ha estado en coma desde el ataque del que fue víctima durante la primera semana del semestre de otoño. Ninguna quiere reemplazarla en la suite, pero Ellie ha sido la encargada de aterrorizar a las nuevas roomies hasta que salen huyendo y los que asignan las habitaciones se rinden. En general, Rebecca desaprueba el acoso.

Pero nunca ha intentado evitar que Ellie mantenga intacto el espacio de Kacey.

Susanna y Delia comparten área de estudio con Rebecca y Hafsah, y las siete comparten baño. Que Dios las ampare.

De hecho, Susanna y Delia son las que querían ir a beber, como automedicación después de realizar sus presentaciones estresantes, pero Ellie fue la que decidió adónde. Ellie, quien se enfundó en sus pantalones de cuero y un top ceñido y escotado, quien se embarró un maquillaje de colores tan brillantes como los de un animal en celo. Ellie, quien ya va en su tercer trago porque el primero se lo tiró en la cara a un tipo que le agarró las nalgas en el bar. Ellie, quien mira con odio por encima de sus lentes a una pareja cercana, al hombre que está invadiendo tanto el espacio de la mujer que ella casi se cae de la silla por alejarse lo más posible.

—Ellie.

—La está acosando —suelta su amiga.

—Sí —reconoce Rebecca.

—¿Y no vas a hacer nada?

—No le voy a romper la nariz, si eso es lo que quieres saber —responde ella con tono neutral.

Delia apoya el mentón en su puño, o intenta hacerlo. Tiene que repetirlo dos veces antes de lograrlo. No siempre se emborracha a la primera, pero cuando se estresa, se le olvida comer.

—A esa nariz le vendrían bien unos golpes —anuncia con tono un poco más fuerte de lo esperado—. Es tan fina y respingona. Le hace falta carácter.

—Y si algo le sobra a Ellie es carácter —agrega Hafsah, y Delia se echa a reír.

Rebecca le da un codazo suave a su roomie.

—No le des más ideas. Lo último que necesitamos es que nos corran de otro bar.

—¿Sabes? Técnicamente... —comienza a decir Susanna, y las otras sueltan un lamento—. Técnicamente —continúa sin inmutarse— nunca nos han corrido de un bar. Solo a Ellie. Y nosotras nos hemos ido con ella porque somos muy consideradas.

Rebecca ladea la cabeza con gesto pensativo.

—Creía que lo hacíamos para evitar que atacara a la gente de la calle.

—Solo a los que sueltan piropos no solicitados —aclara Ellie encogiéndose de hombros.

Delia niega con la cabeza.

—¿Has visto cómo se te ven las nalgas con esos pantalones? Estoy segura de que hasta el papa te chiflaría al verlas.

Hafsah cierra los ojos y dice algo entre dientes. Rebecca no alcanza a escuchar las palabras, pero con lo bien que conoce a Hafsah está segura de que fue una oración pidiendo perdón. Es la respuesta normal de Hafsah cada que alguna de ellas suelta una blasfemia.

Rebecca vuelve la mirada al blanco de la ira de Ellie y ve que el hombre tiene rodeada con el brazo a su compañera, intentando hacer que se vuelva a sentar cerca de él. La mujer no se ve contenta, y su mirada recorre el bar con desesperación.

—Yo me encargo —dice Rebecca.

—¿Segura?

—Hay un concepto del que tal vez no has escuchado hablar: se llama discreción.

—¿Te refieres a la cobardía? Claro, he escuchado al respecto.

Rebecca hace un gesto de fastidio y se levanta de la mesa.

—Ya vuelvo.

Pero no va directo a la otra mesa. Se mueve entre las sombras junto a la pared hacia los baños. Cuando llega al pasillo, camina sin preocupación hacia la mesa, entrecerrando un poco los ojos para dar la impresión de que está por entrar en pánico. Da unos golpecitos nerviosos en la mesa, cerca de la mano de la mujer, para llamar su atención.

—Disculpa, pero ¿de casualidad tendrás un tampón? Se me adelantó, no traje mi bolsa y la máquina del baño ya no tiene.

El hombre que, viéndolo de cerca, queda claro que es mayor, mucho mayor que la chica a la que está intentando ligarse, hace un gesto de asco, pero la chica parece aliviada por la interrupción.

—¿Tienes dónde guardarlo? —pregunta.

Rebecca extiende las manos y señala hacia la delgada tela de su falda. En realidad sí tiene bolsillos, pero es casi imposible verlos si están vacíos.

—Lo siento, no.

—No te preocupes. Voy contigo —dice la chica, alejándose con brusquedad de las manos del tipo—. Así no tendrás que andar paseando un tampón hasta el baño.

—Muchas gracias. Qué vergüenza no traer los míos.

—A todas nos ha pasado. —La chica se acomoda la bolsa sobre el hombro y le da una patada a la silla, provocando que el hombre se aleje un poco más—. ¿Vamos?

Caminan juntas al baño, saltándose la larga fila. Algunas se quejan, pero mientras no se metan a uno de los compartimentos, no cuenta como colarse. Cuando llegan a los lavamanos, la otra chica acomoda su bolsa para buscar el tampón.

—Déjalo —le dice Rebecca—. En realidad no necesito nada.

—Ay, Dios. —La chica se apoya en el lavabo con sus ojos cafés llenos de pesar—. ¿Era muy obvio?

—Parecía que estabas buscando la salida de emergencia más cercana.

—Ay, Dios —repite.

—Perdón por meterme donde no me llaman. Pero parecía que necesitabas una excusa para irte.

—Sí la necesitaba. —Se incorpora y aprovecha el espejo para acomodar su cabello rubio medio rizado. Trae un suéter tejido sobre un vestido ajustado y botas Doc Martens hasta la rodilla—. Las estúpidas de mis amigas deberían haber llegado hace más de media hora, pero la única que llegó a tiempo me abandonó para ir a chupársela a un tipo junto al basurero. —Saca su teléfono para revisar si tiene algún mensaje, y luego niega con la

cabeza—. Yo ni siquiera quería venir. Tengo examen mañana temprano.

—Y ¿por qué no te vas a casa? Ellas no están aquí, así que no se pueden quejar.

—Buena idea —abre una app para compartir trayectos en auto, pero luego lo duda—. ¿Y si el tipo me sigue?

—Hay que quedarnos aquí hasta que tu auto esté cerca. Con suerte, él ni siquiera te verá salir.

—De acuerdo. —Pide el auto y apaga la pantalla de su celular, pero no lo vuelve a guardar en su bolsa—. Gracias por salvarme.

—Cuando quieras. Quizá dentro de algunos siglos ya no necesitaremos rescatarnos unas a otras.

—Eso sería maravilloso.

Maravilloso, sí, pero lamentablemente improbable. No si nos basamos en experiencias pasadas.

Rebecca y la chica, quien se presentó como Ashton, se quedan cerca de los lavabos, platicando con tranquilidad sobre nada en especial. Ashton ayuda a algunas chicas con el maquillaje mientras espera un mensaje de su conductor. Por suerte, los conductores de esa app suelen andar cerca de los bares del centro cuando no tienen pasaje. Las chicas no ven al tipo al volver al bar, ni afuera, y Rebecca agita una mano para despedirse de Ashton mientras ella se acomoda en el asiento trasero del auto.

Rebecca se queda afuera unos minutos más, inhalando el aire que no apesta a cerveza barata y calor humano. No está exactamente fresco, más bien denso y cargado de humedad y el hedor a pantano que deja la lluvia. Media ciudad está encharcada por la cantidad de lluvia que ha caído en la primavera.

Vuelve al bar, donde es recibida por más estruendo del que dejó al salir, el sonido de madera al romperse y la imagen de una pelirroja alta pateándole la entrepierna a un tipo.

Otro día ordinario en la vida de Ellie.